

EL SECRETO DE LA ESPERANZA

«Yo sé que mi marido me quiere, ¡pero me gustaría tanto que me lo dijera alguna vez!...» Así le decía en el confesionario una sencilla mujer del pueblo al sacerdote que escuchaba su desahogo. Sin darse cuenta, le había descubierto la clave, humanísima, del sacramento de la alegría, que es el de la Confesión: «Eso precisamente -le dijo el sacerdote- es lo que nos pasa a todos: podemos pensar que Dios nos quiere, e incluso podemos estar seguros de ello; pero no nos basta. Necesitamos escuchárselo a Él, oírlo en nuestros oídos de sus propios labios, porque no somos espíritus puros, ¡somos de carne y hueso! Por eso Dios se ha hecho carne, para tener ojos humanos llenos de misericordia con que mirarte, manos con que bendecirte y labios con que decirte que te perdona y que te quiere hasta dar su vida por ti». La propia experiencia de su necesidad de ser amada de un modo adecuado, correspondiente con su humanidad, le hizo descubrir a aquella mujer la presencia de Dios en aquel hombre sentado en un confesionario, como a la samaritana, veinte siglos atrás, en Aquel que estaba sentado junto al pozo de Jacob.

Esa necesidad, la mayor y más radical de las necesidades de todo ser humano, es incapaz de satisfacerla el mundo entero, por infinidad de cosas que nos pueda proporcionar. Sólo podía satisfacerla la humanidad divina de Jesús de Nazaret: «Si conocieras el don de Dios -le dijo a la samaritana-, y quién es el que te dice: "Dame de beber", tú le habrías pedido a él, y él te habría dado un agua que salta hasta la vida eterna». Pretensión inaudita, que le llevó a la Cruz, pero desde ella, de un modo más inaudito aún, hizo llegar a nuestros oídos esas palabras de amor infinito que destruyen la tristeza que lleva a la muerte y llenan de la alegría verdadera la vida entera.

Hoy más que nunca, si cabe, la mayor urgencia de la Humanidad entera está, ciertamente, en encontrarse con Aquel que es más fuerte que todo el mal del mundo. Su poder, como reconoce ya desde antiguo la liturgia cristiana lo manifiesta «especialmente con el perdón y la misericordia». No nos engañemos: todo otro poder -cada día la realidad nos lo pone delante- sólo produce tristeza, dolor y muerte. El de la Cruz, ése que proclama la liturgia de la Iglesia, es el secreto de la esperanza



El pensamiento sereno de la muerte acompañó durante toda su vida al papa Juan XXIII.

La primera redacción de su testamento espiritual es de 1925, año de su consagración episcopal, 38 años antes de su muerte.

El testamento de Pablo VI está fechado el 30 de junio de 1965, trece años antes de su muerte.

Estos dos grandes Papas nos han dado el ejemplo de la fe para fijar «la mirada en el misterio de la muerte y de lo que la sigue, a la luz de Cristo, único que la ilumina».

EL LUGAR DE LA ENFERMEDAD

Para comprender qué lugar ocupan las enfermedades en la economía divina, hemos de centrar bien el valor del cuerpo humano.

«El cuerpo humano -afirma Pablo VI- es sagrado. Sí, la divinidad habita en él. Es más: cuando la gracia santifica al hombre, su cuerpo no es sólo instrumento del alma y su órgano; es también el templo misterioso del Espíritu Santo. Una concepción nueva de la carne humana se abre a nuestros ojos; que no altera en absoluto la visión de la realidad física y biológica. La llena de un atractivo nuevo, que ni el placer ni la belleza sugieren, sino que el amor de Cristo inspira».

El primer cardenal de Vietnam, Joseph Marie Trinh nhu Khue, arzobispo de Hanoi, ya que no le permitían ir a las parroquias a administrar la confirmación y hacer visitas pastorales, durante 20 años subía diariamente a la terraza de su casa y allí rezaba el rosario por sus fieles. Diez años después de su muerte, aún se veían en la terraza las huellas de sus pasos, signos de la fe de un pastor anciano. Juan XXIII escribía a un obispo enfermo: «Ahora su función ha cambiado (con relación a la Iglesia): tiene que rezar por ella. Y eso no es menos importante que la acción».

«Vivimos setenta años, ochenta si hay buena salud, mas son casi todos fatiga y vanidad, pasan presto y nosotros volamos» (Sal 90).

NADA NUEVO BAJO EL SOL

La depresión progresa a un ritmo alarmante, pero no es cosa nueva. El libro de Job es uno de los más antiguos libros conocidos. Este libro nos presenta un notable personaje, afectado de una fuerte depresión que le hace exclamar: "Al llegar la noche pienso: ¿cuándo llegará el día? Y al llegar el día me pongo a desear: ¿cuándo llegará la noche? Mis noches están llenas de inquietudes y mis días mueren sin esperanza; hablo con amargura en mi espíritu y me quejo por las angustias de mi alma".

Muchos pacientes de depresión podrían describir su estado con estas palabras. Pero junto con otros medios actuales- volver el rostro humildemente hacia Dios como hizo Job, a pesar de las desgracias que motivaron su estado de ánimo, les ayudará a que vuelva a brillar la luz en sus vidas.

EL TEMPLO REDONDO

Bonifacio IV logró algo muy difícil. Cuando fue nombrado Papa, en Roma había un gran edificio circular conocido como "el Panteón". Éste había sido un templo para el culto de "todos los dioses", donde los romanos adoraban a falsos dioses. Pero Bonifacio decidió "rehabilitarlo" y convertirlo en una iglesia cristiana para honrar al único y verdadero Dios. Y para eso la "nueva iglesia" recibió un nombre "nuevo" y muy curioso: "Santa María Rotonda".

"Todo lo bueno y verdadero pertenece a los cristianos", decía S. Ireneo. Por eso la misión de la iglesia a lo largo de la historia es predicar la belleza, la verdad y la bondad de Dios encontrar estos valores desperdigados en todas las culturas y darles el sentido que les corresponde. Un templo a los dioses es una obra de arte aunque mal dedicada. El Papa no la destruyó porque era una obra de arte y como tal bella pero le dio sentido dedicándola al Dios verdadero, el Dios cristiano.

EL SABIO QUE FREGABA PLATOS

Cuando el Papa decidió nombrar a Buenaventura, franciscano profesor de teología, cardenal, envió una delegación para anunciarle la noticia y para presentarle el sombrero rojo oficial de cardenal. Pero cuando llegaron a su monasterio, encontraron a Buenaventura fregando los trastos y les dijo que dejaran el sombrero colgado e un árbol hasta que él terminara. Buenaventura debió ser un hombre muy humilde, pero también era muy instruido. Fue conocido como una de las mentes más brillantes de la época medieval y fue un magnífico teólogo, filósofo, escritor y predicador. Escribió y habló tan bellamente de las cosas del Cielo, que pasó a ser conocido como el "Doctor Seráfico" (angelical). Pero era lo suficientemente terrenal como para colaborar con las tareas domésticas. La mayor parte de la gente famosa no perdería su tiempo haciendo algo tan bajo como fregar los trastos. ¡Pero la mayoría de los santos lo harían! Cuando te toque ayudar en las labores domésticas -todos lo deberíamos hacer- piensa en este humilde santo e inclina tu "sombrero" ante san Buenaventura.

UN MILAGRO MAYOR

El Director artístico de la imprenta que los misioneros de la Compañía de Jesús tenían en Anand (India) era el Hermano Antonio Rabella, que dedicaba sus ratos libres de domingos y días festivos a recorrer los pueblos vecinos en su motocicleta cargado con un equipo de trabajo consistente en magnetófono, proyector y colecciones de diapositivas en color.

Llegado al pueblo escogido para la sesión, reunía a cuantos querían escucharle y daba comienzo al espectáculo: La cinta magnetofónica reproducía una música india que servía de fondo, mientras el Hermano proyectaba en una tela blanca o en la misma pared escenas escogidas de la vida de Jesús y las comentaba brevemente en el idioma gujerati.

Una tarde se encontraba en una leprosería y llegó a aquella escena evangélica en que Jesús, movido siempre por la bondad de su Corazón, tiende la mano al leproso y le cura de repente. Uno de los oyentes, enfermo también de lepra, planteó un problema al Hermano:

-Y ahora, ¿por qué Jesús no hace también algún milagro?

El Hermano Rabella contestó inmediatamente, en una verdadera inspiración de Dios:

-¿Ves esa Hermana que os cuida en esta sala? Es una mujer guapa, joven y en su casa era muy rica. Nada le faltaba de cuantas comodidades puede apetecer una muchacha; vivía feliz con sus padres y con la perspectiva de un brillante porvenir en el matrimonio. Sin embargo, lo ha dejado todo para venir a cuidaros a vosotros y amaros como a hermanos suyos. Y todo esto ya sabes que no lo ha hecho por ganar dinero ni porque aparezca su nombre en los periódicos. Lo ha hecho sencillamente porque Jesús se lo pidió todo, y ella ha querido dárselo todo por amor, aunque nunca le ha visto. ¿Te parece pequeño milagro de Jesús?

Se hizo silencio, pero pronto uno de los leprosos que había estado sumido en honda reflexión, comentó:

-Sí... es verdad... darlo todo por Jesús, -y sin haberle visto nunca... un milagro grande...

Y este milagro grande no lo realiza Jesús sólo en la India: lo realiza también en ese joven que pasa por la calle, esa niña que sale del colegio, ese hombre que va a trabajar y tantos otros que saben darlo todo por Jesús, sin haberle visto nunca. Sólo le han visto por la fe.

